

# UN CRIOLLO DE CARACAS ASISTENTE DE SEVILLA E INTENDENTE DE ANDALUCIA

Por MARIO BRICEÑO PEROZO\*

La actuación pública de don Jerónimo de Ustáriz y Tovar constituye el más rotundo mentís a la leyenda negra que inventaron algunos políticos e historiadores interesados en tiznar la imagen de España en la historia universal. Esos negadores a ultranza de la obra trascendental de la monarquía española, en sus tierras de las Indias Occidentales, buscaban ganarse el favor de las potencias rivales que se disputaban el dominio de los mares y del vasto territorio indiano.

Uno de los puntos centrales de la controversia era hacer aparecer al gobierno de la Península como despótico y exclusivista. Puesto que de una parte tiranizaba a los naturales de sus colonias y de otra los discriminaba, a la hora de distribuir los empleos reales. Todo era, según los negadores, para quienes habían nacido en la tierra dominadora; es decir en la España de la nobleza. Se olvidaban que, desde los lejanos tiempos de Isabel la Católica, se garantizó la igualdad de los súbditos de este lado del océano, y la insigne reina lo consignó en su codicilo de Medina del Campo (23 de noviembre de 1504), no causar agravio a los naturales de América y mantener y guardar sus derechos. Y muchos años después, Carlos II, para acabar con las rivalidades entre peninsulares y criollos, dispuso, por Real Cédula, que en las elecciones para los Ayuntamientos, se escogiera, alternativamente, españoles europeos y españoles criollos (12 de septiembre de 1770).

Volviendo a Ustáriz, observamos que éste es un criollo nacido en Caracas, muy distante de Sevilla, que aquí vemos encumbrado a las más elevadas posiciones. Y como el de Ustáriz hubo otros casos más. Recuérdese a don Pablo de Olavide (1725-1803), peruano, quien en 1767 es intendente de Sevilla y superintendente de las poblaciones de Sierra Morena.

Los nombres de Olavide y Ustáriz se juntan en una obra vial de capital importancia sobre el río Rivera de Huelva. El peruano y el venezolano, aun

---

1. Palabras pronunciadas con motivo de la develación de la lápida restaurada del Marqués de Ustáriz, en el Jardín de la Torre de Don Fadrique, Sevilla, España, el 18 de noviembre de 1992.

\* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra "M".

cuando en diferentes épocas unieron su esfuerzo y su mentalidad progresista en la realización del viaducto en referencia.

Quien sobresalía era tomado en cuenta por el poder monárquico, no sólo para prestar servicios en los dominios de ultramar, sino, también, y en gran manera, para desempeñarse en la Península, y recibir títulos nobiliarios, tal precisamente, lo acontecido con Ustáriz, quien, además de ser funcionario de la Corona, recibió el título de Marqués que había ostentado su tío, don Casimiro de Ustáriz y Aznara, Marqués de Ustáriz, desde el 14 de mayo de 1739. Don Casimiro fue caballero de Santiago, teniente general de los Reales Ejércitos. Casó con doña Luisa de Romero, pero no tuvieron descendencia.

Don Jerónimo de Ustáriz y Tovar, nacido en 1735, era el hijo mayor de don Luis Jerónimo de Ustáriz y Gandía y doña Melchora María de Tovar y Mijares de Solórzano, familias de rancia estirpe, que se destacaron en nuestro país por el fulgor de su alcurnia peninsular y por los caudales que honrosamente amasaron. Las mujeres eran diligentes matronas, dadas a los ajetreos del hogar, y los hombres, activos en el comercio y recios en la agricultura. De los vascos les venía la voluntad creadora y el amor entrañable a la tierra y estar en comunión con la naturaleza, los verdes prados y el bosque nemoroso. Bien que la connotación del apellido Ustáriz indica roble, el árbol generoso que los antiguos asociaron con Júpiter, el padre de los dioses. El roble, adorado por los druidas y los germanos y que ha pasado a nuestra religión como símbolo de la fe y de la virtud, talismán seguro contra la adversidad. Un poeta dijo: "Nada tan noble como el roble que perfuma el hacha que lo hierde".

Los Ustáriz fueron formidables robles de la sociedad venezolana de los siglos XVIII y XIX. Se situaron en Caracas y en los Valles de Aragua. En el grupo familiar sobresalieron los hermanos Luis, Francisco Javier, José Ignacio, José María y Miguel, sobrinos de don Jerónimo, el que se vino a España. Aquellos gentiles hombres pertenecieron todos al ejército del rey. Unos militaron en las Milicias disciplinadas y Batallón Veterano de Caracas y otros en las Milicias de blancos voluntarios de los Valles de Aragua. A todos en su hoja militar se les señala en el renglón de calidad: *ilustre, hidalgo, notable*.

La casa de los Ustáriz fue, en la Caracas de finales del siglo XVIII y primera década del XIX, un centro de luces, un crisol de inquietudes, toda una Academia dedicada a la ciencia, a las letras y a las bellas artes, como aquellas que el genio griego consagró a Atenea o Minerva. Allí los poetas leían sus composiciones, los escritores hacían conocer sus artículos, el dramaturgo sus piezas teatrales, el científico su comentario en torno a algún tema de Filosofía, Medicina, Derecho, Matemáticas, etc. Y asimismo el músico con sus partituras y el pintor con sus cuadros. Las nuevas ideas, muchas de ellas traídas por la misma España a través de sus colegios y universidades, y la mayor parte que vinieron con los panfletos de la Revolución de Norteamérica y con los manifiestos de la Revolución Francesa, todo ese nuevo caudal de la Ilustración le dio tintes políticos a la tertulia, y ello contribuyó poderosamente a la formación de una conciencia que se manifestará con inusitado furor en las etapas de la Independencia, donde los jóvenes Ustáriz tendrán destacado puesto, muy señaladamente Francisco Javier, uno de los ideólogos de la emancipación de Venezuela.

En la tertulia académica de los Ustáriz se presentaron traducciones de Virgilio, de Horacio, de Voltaire, de Rousseau, de Diderot, y eran familiares los nombres de todos los grandes del Siglo de Oro español. Y a la cabeza de todos Cervantes. Un libro de lectura y también de inspiración para los venezolanos de aquella época fue algo, hoy, olvidado, el *Parnaso Español* de Juan José López de Sedano (1729-1801); esta obra, magistral para entonces, constaba de nueve volúmenes. El autor estuvo ligado a la vieja Biblioteca Real de Madrid, hoy Nacional, era logroñés, con bien ganada fama de erudito.

Bolívar y todos quienes recibieron luces de don Jerónimo de Ustáriz le llamaron sabio, y ello se debió a que nuestro Marqués fue hombre de fecundo talento y de ilustración no común. En Caracas, la urbe nativa, recibe esmerada educación. Debidamente preparado para la instrucción superior, se inscribe en la Real y Pontificia Universidad de Caracas, en cuyas aulas alcanza los grados de Bachiller en Artes y en Cánones y hace el curso de Institutos y se convierte en doctor en Jurisprudencia. Cumple el servicio militar. Y ya con las bases que le ha dado el Alma Máter, adquiere una formidable cultura: idiomas, filosofía, historia, letras, matemáticas, economía, finanzas, etc. Encuentra que el medio caraqueño resulta estrecho a sus ambiciones políticas. Y el año de 1759, previa la licencia de ley, embarca para la Península. Era Gobernador y Capitán General de Venezuela el Mariscal de Campo Felipe Ramírez de Estenoz. El 1º de septiembre del mentado año 59, desembarca en Cádiz; en agosto anterior había muerto Felipe V, buen amigo y protector de la familia Ustáriz, y en diciembre tocaría ceñir la corona a Carlos III, quien dará al caraqueño apoyo, distinción y confianza.

En 1764 don Jerónimo es designado Intendente de la ciudad de Toro; en 1768, es ascendido y se le pasa a la Intendencia de Córdoba, aquí realiza una extraordinaria labor, en materia de hacienda, obras públicas y organización de las milicias, introduce nuevos cultivos para la agricultura, implanta mejoras al comercio y humaniza el sistema penitenciario. En 1770 ha de recibir un nuevo ascenso, al promoversele a la Intendencia de Extremadura, donde adelanta proyectos para desarrollar la población y fomentar las industrias. No logra la realización total de sus planes, pero deja un testimonio invalorable, la memoria en que recoge su estudio de la región extremeña, para la que sugiere una serie de medidas de progreso social, mediante un régimen de propiedad agraria asentada en principios liberales; era una manera, a la vez, de utilizar extensiones de tierra sin cultivar en beneficio directo de la comunidad; se preocupa por una cabal administración de justicia, al efecto Ustáriz señala la conveniencia de crear Tribunales Superiores para la provincia, lo que en 1790 se cristaliza con la erección de la Audiencia de Extremadura, con asiento en Cáceres. En 1793 se le designa Asistente de Sevilla, destino este que entraña un nuevo ascenso para el venezolano, y que le trae mayores y nuevas responsabilidades, como son las funciones de Justicia y Policía, que se suman a las de Hacienda y Guerra, propias de la Intendencia. En 1795 se le requiere en Madrid, es nombrado Ministro del Supremo Consejo de la Guerra. El elevado destino le lleva a fijar de nuevo su domicilio en la capital del reino. En 1799 llegará a su casa un joven huésped, que procede de Caracas, es el Sub-teniente Simón Bolívar, quien recibirá del Marqués el afecto de un padre, la protección de un tutor y la

enseñanza formativa del maestro. De un maestro ejemplar, de un sabio. El futuro Libertador jamás dejará de reconocer la impronta que en su espíritu grabaron los consejos y orientaciones del Marqués de Ustáriz. El General Daniel Florencio O'Leary, legionario británico, edecán del Libertador, escribió: "El marqués de Ustáriz, caballero distinguido por su talento, sus bellas prendas y notable instrucción; en él se figuraba Bolívar ver a uno de los sabios de la antigüedad. Se recreaba en su sociedad y por ella dejaba los libros porque, decía, que más se aprendía conversando con el marqués, que en las obras de aquellos sabios. Ustáriz debió sin duda ejercer grande influjo en el ánimo de Bolívar, que hasta sus últimos días se complacía en recordarle y hablar de él con veneración" (*Memorias*. Narración. Caracas, 1883. t I, p. 10).

Pero el marqués, no obstante su sapiencia, su espíritu de servicio y su lealtad al rey, tuvo malquerientes. Eran los miopes, los pequeños, que se oponen, siempre, a los planes de progreso y de renovación de los que piensan con longura de miras.

El pensador argentino José Ingenieros (1877-1925) acuñó esta sentencia: "En el campo de la acción y del arte, del pensamiento y del trabajo, el mérito vive rodeado de adversarios; la falta de éstos es inapelable testimonio de insignificancia" (*Las Fuerzas Morales*, 1936, p. 65); pues bien, la cita viene al caso porque en 1801, en la corte de Carlos IV, la intriga hizo blanco de sus dardos a don Jerónimo, y los enemigos consiguieron que la regia autoridad lo enviase a Teruel, en una comisión atinente a un asunto de minas. En Teruel estaría Ustáriz como en un confinamiento. Esta vez la envidia de los insignificantes pudo más que los méritos del patricio. En 1803 ya no pertenece al Consejo de Guerra, pero sigue en Teruel y en 1808, cuando el pueblo de Aragón se declara en lucha contra los franceses invasores, Ustáriz se sitúa en primera fila y es uno de los vocales de la Junta de Gobierno que surge de aquel movimiento libertador.

Empero, el marqués estaba como predestinado a volver a Sevilla, y ocurre que el 25 de mayo de 1809 es designado para el mismo cargo que años antes tuviera en esa tierra tan cercana a sus afectos: Asistente de Sevilla. Los señores del Ayuntamiento, viejos amigos suyos, le abren los brazos con la actitud de quienes reciben a un hermano que regresa al seno de una gran familia. Ejerce la presidencia del cabildo hasta el 6 de septiembre del referido año 9, por voluntad de la Junta Central Suprema de Sevilla continuará como Asistente en comisión de la ciudad. Muy satisfecho se siente Ustáriz del respaldo moral que le ha hecho patente Sevilla, pero el 27 del mismo septiembre, su corazón, que se embriagó tantos años con el sortilegio de la urbe bética, dejó de latir. Contaba 74 años de edad. La ciudad llena de dolor sepultó sus restos en la santa iglesia de San Esteban. Le sobrevivió su viuda, la matrona toresana doña María Lorenza Amaviscar y Monroy.

Cuando se hace memoria de los hombres y de sus obras, importa subrayar el concepto que merecieron de los grandes de su tiempo. En el caso de Ustáriz, nada más consagrador que la coincidencia que encontró con sus ideas renovadoras en materia de economía agrícola don Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811),

poeta, escritor, historiador, político, dramaturgo, economista. El más connotado polígrafo de la época. El sabio asturiano trae con honra a las páginas de su célebre *Informe en el expediente de la Ley Agraria* (1795)<sup>1</sup> el nombre de Ustáriz. Fue que los dos se identificaron en la lucha contra los resabios feudales de la propiedad de la tierra, por la protección y fomento de la agricultura y por la abolición de los privilegios del ganado trashumante, impuestos por la Mesta. En Economía Ustáriz y Jovellanos estaban influidos por los altos maestros, el francés Roberto Turgot (1727-1781), el escocés Adam Smith (1723-1790) y el irlandés Richard Cantillón (1680-1734).

En la *Gaceta de Caracas*, se registró la noticia del deceso de Ustáriz, el texto fue escrito en Sevilla (2 de noviembre de 1809), y se da una microbiografía del personaje (*Gac. de C.*, viernes 5 de enero de 1810, tomo II, N° 78, p. 1).

Sevilla quiso perpetuar en la piedra el recuerdo de Ustáriz. Son las tres lápidas que en bien legibles caracteres pregonan al mundo la obra sevillana del varón hispano-venezolano, una que hoy está en el Museo Arqueológico Municipal, la segunda, en la Delegación de Hacienda y la tercera en el Arco de la Macarena. La pátina del tiempo deterioró la pétrea estructura, en especial de la que estuvo originalmente, desde 1794, en el Matadero de Sevilla, actualmente en el Museo; pero, hoy, a 257 años del nacimiento del prócer, a 183 de su muerte y en los cinco siglos del Descubrimiento de América, las lápidas, técnica y científicamente restauradas, recobran su eterna vigencia. Y esto lo ha realizado la Academia Nacional de la Historia (ANH), de Venezuela, gracias al tesonero empeño de don Antonio Egea López, nuestro Correspondiente en la urbe hispalense, quien a sus méritos de historiógrafo y catedrático, de americanista insomne, suma el muy señalado de rescatar la memoria de don Jerónimo de Ustáriz y Tovar. Y gracias, igualmente, a los artífices sevillanos por los nítidos trabajos de restauración ejecutados. El reconocimiento de la ANH se extiende al Museo Arqueológico y a las autoridades municipales y eclesiásticas que otorgaron las pertinentes licencias.

Una cuarta lápida —iniciativa, también, del Prof. Egea López— la fija la Academia Nacional de la Historia en la iglesia de San Esteban, esta vez para indicar la postrera y silenciosa morada del Marqués de Ustáriz.

Historiadores de ayer y de hoy, Francisco Javier Yanes,<sup>2</sup> Vicente Lecuna,<sup>3</sup>

- 
1. JOVELLANOS. Biblioteca de Autores Españoles. Ediciones Atlas, Madrid. 1952, vol 50. p. 95-118.
  2. *Un venezolano ilustre y olvidado*. Archivo de la Academia Nacional de la Historia. Colección F. J. Yanes. t. 28, Arm. IV.
  3. *Noticias sobre los Ustáriz. Línea de los Ustáriz Montilla y Armas de los Ustáriz*. En "Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar". The Colonial Press Inc. New York, 1956, t. I, p. 115-116. Lecuna inserta en este mismo tomo la *Biografía del Marqués de Ustáriz*, que apareció en la *Gaceta de Caracas*, enero de 1810, y a la cual nos referimos en el texto.

Emilio Antonio Yanes,<sup>4</sup> Antonio Egea López,<sup>5</sup> María Elena Parra Pardi<sup>6</sup> y Pablo Marcial Perozo Vargas,<sup>7</sup> nos han dado trazos biográficos de don Jerónimo de Ustáriz y todos coinciden en poner de resalto la benemerencia del claro varón de Caracas, benemerencia ampliamente reconocida en entrambos mundos.

Es indudable que, en los días que corren, cuando tanto se habla de la mancomunidad iberoamericana, el nombre del Marqués de Ustáriz cobra vibrante actualidad; es la fuerza de un vínculo más que une a Caracas y a Sevilla, la primera, en donde nace para la vida, y la segunda, en donde nace para la inmortalidad; vínculo vigoroso que es base angular para la unión que amasó con sus sueños e inquietudes el pupilo egregio del Marqués, Simón Bolívar, el Libertador.

- 
4. *Francisco Javier Ustáriz*. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, abril-junio de 1946, N° 114, p. 187 a 191.
  5. *El Marqués de Ustáriz, un venezolano que gobernó Sevilla*. En "Sevilla 92", revista mensual, octubre de 1985, N° 9, p. 6 a 10. Posteriormente, con el agregado "Lápida en San Esteban en memoria del marqués de Ustáriz, asistente de Sevilla", se reprodujo este trabajo en "ABC", de Sevilla, 19 de febrero de 1992, y en el Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, enero-marzo de 1992, N° 297, p. 113 a 116.
  6. *Jerónimo de Ustáriz y Tovar*. En Fundación Polar. Diccionario de Historia de Venezuela. Editorial Ex Libris, Caracas, 1988, t. III, p. 817-818.
  7. *El Marqués de Ustáriz, el otro maestro del Libertador*. En Boletín del Centro Bolivariano de Coro, julio de 1992, N° 5, p. 9 a 12.